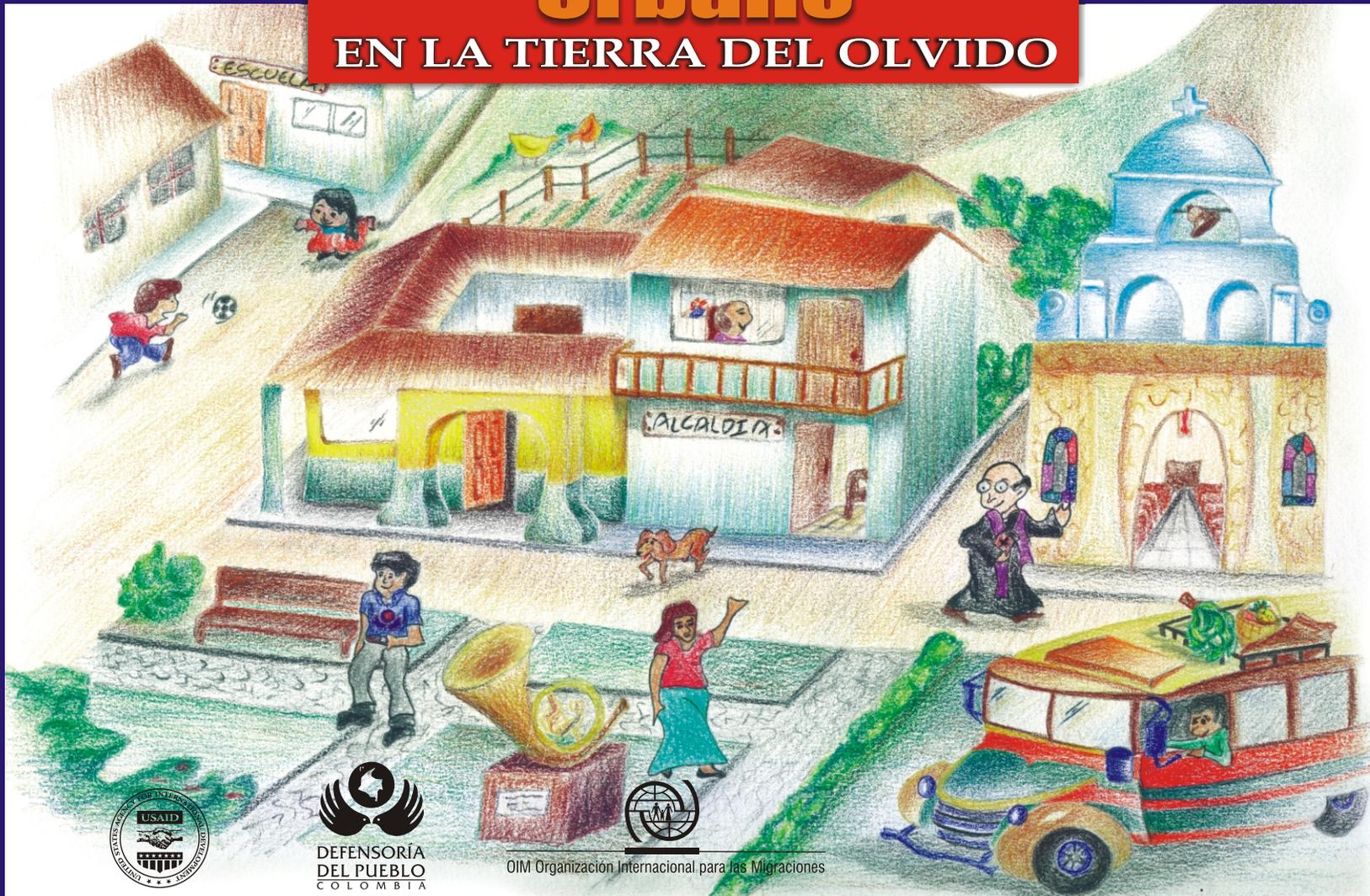


Urbano

EN LA TIERRA DEL OLVIDO



OIM Organización Internacional para las Migraciones

Lo escuchó conversar con los vecinos, lo oyó hablar de lo que había pasado con San Juan de las Ilusiones y entendió por qué su abuelo, al igual que el viejo Pedro en El Edén, había decidido abrir la boca, **romper la Ley del Silencio que les habían impuesto**, por qué había decidido contar historias para distraer a la muerte, para engañarla, para perderla en la trama de sus historias, para intentar que ya nunca volviera a alcanzar a su gente, a su pueblo, a su comunidad...

Urbano vio a la gente de San Juan a través de la palabra de su abuelo. Los vio trabajando, estudiando, arando, los vio cultivando, sonriendo, los vio inventándose la vida juntos, los vio convertidos en una voz colectiva...

Entonces supo que José de la Primera Ilusión, el hijo de Esperanza de la Concepción, aquel niño que se había salvado milagrosamente, el mismo que se había refundido en la memoria de todos era él, supo que la mujer con la que había hablado en la "Tienda El Peñasco" era Adriana, la jovencita que muchos habían señalado y acusado de la muerte de Esperanza, la misma que lo había criado como si fuera su propia madre, supo que a pesar de la distancia su comunidad le corría por dentro, que la tenía metida en el corazón como las palabras que salían de la boca de don Antonio, su abuelo. Supo que no podía permitir que San Juan de las Ilusiones se perdiera en el olvido, pues él mismo terminaría desvaneciéndose...

Después de aquello Urbano, es decir, José de la Primera Ilusión regresó a su casa y se vio de repente en la ciudad. Abrazó el recuerdo de su abuelo y decidió empeñarse en ayudar a transformar el mundo, su mundo. Estudió y luego de un tiempo volvió a El Edén.

A todos y todas que me permitieron compartir sus vidas, sufrimientos y anhelos, miedos y sus sueños, por aceptar ser protagonistas de estas historias.
A Catalina, Alejandra y José Miguel, por su confianza.
A Héctor Arango y los jóvenes de las Casas Juveniles por los retos, las enseñanzas, las utopías y los fantasmas.
A mis amigos y compañeros de camino: Ider, Lucho, Vlady, Angélica, Mauricio, Nana, Ross, Jaime, Luisa, Nestor, Nelson, Mona, Luis Fer, Edgar, Adriana e Isabel.
A mis hermanos de la Fundación Ciudad Abierta y de Luneta 50.
A Sandra Diana, a mi vieja y sobrinos, hermanos y hermanas, por su paciencia y complicidad.
A todos y todas las que luchan y se esfuerzan por construir un país y un mundo mas humano, cómplice, tierno y solidario...

Volmar Pérez Ortiz
Defensor del Pueblo

María Camila Moreno Múnera
Coordinadora de Atención al
Desplazamiento Forzado de la
Defensoría del Pueblo

Edición General
Alejandra Barrios Cabrera

Textos
Iván A. Torres.

Diseño y Diagramación
Luisa Fernanda Useche C.

Ilustración
Luisa Fernanda Useche C.

La elaboración de este material fue posible gracias al apoyo de la Organización Internacional para las Migraciones -OIM-

El presente texto se puede producir, fotocopiar o replicar en todo o en parte y por cualquier medio, siempre que se cite la fuente.

Defensoría del Pueblo Calle 55 No. 10 - 32
Teléfonos 314 4000 - 314 7300 - 691 5355
www.defensoria.org.co
Bogotá D.C., 2004

*Hay muchas formas de morir y a mi me impusieron la más dolorosa. Me mataron para silenciarme! He muerto, sí. ¿Pero de qué servía “vivir” cuando nos habían impedido hablar con los vecinos, cuando quisieron convencernos que éramos enemigos, porque nos negábamos a ser igualitos a todos? **El silencio es olvido y el olvido, la más absoluta de las muertes.***

*“Cuando nos negaron la palabra nos condenaron a la soledad... A nosotros nos impusieron el silencio con el miedo y, si hubiéramos hecho caso, seguiríamos vivos, pero con una vida prestada, estaríamos sometidos, seríamos esclavos de los que creían tener el derecho de decidir la vida y la muerte... **El silencio es una muerte lenta y dolorosa porque acaba con la vecindad, acaba con los vínculos que nos unen, el silencio nos hace invisibles y nos mata de pura tristeza...** A mí me acorralaron, quisieron borrarame, yo quería vivir, anhelaba vivir, pero lo único que se me permitió, fue la muerte...”*

Cuando Esperanza de la concepción terminó de hablar, todos se desvanecieron... Urbano quiso mirar al viejo con el que estaba conversando, pero se dio cuenta que éste también se había esfumado...

Entonces escuchó un sonido que venía de afuera, era como un aletear de mariposas. Se despegó de la ventana, salió a la calle, se frotó los ojos y tuvo la sensación de ver a su abuelo sentado frente a la casa... Urbano lo miró y comprendió por qué la cara del viejo con el que estaba hablando le resultaba familiar...

estudiando y que aún vive con don Antonio, su abuelo. Yo le pido a mi Dios que lo bendiga y que no permita que él tenga que vivir lo que yo he vivido...

Qué lastima haber tenido que matar a Esperanza. Tocó darle porque no quiso escuchar. Más de una vez se le advirtió que lo mejor era que tuviera la lengua quieta, que no se las diera de monjita de la caridad, que no se metiera con quien no le convenía.. Ella se las tiró de viva pero aquí todos estamos vigilados, aquí hasta las paredes tienen ojos...

Abelardo (el estudiante)

Claro que a la final la mataron sus propios paisanos, seguro. La mataron los comentarios, la mató lo que se dijo y lo que no se dijo, la mataron las dudas, la mató la desconfianza.. Uno de ellos fue el que nos llamó, dijo que eran informantes, que eran sapos, que en esa casa se la pasaban metidos los enemigos de nosotros. Cada quién tiene que salvar su pellejo, qué se le va a hacer!

Definitivamente uno ve lo que quiere ver. Estamos tan acostumbrados a no hablar que juzgamos a la gente por lo que creemos ver, por lo que nos imaginamos o simplemente por lo que otros dicen.

**Esperanza de la Concepción
(la muerta)**

En Colombia la gente se ha acostumbrado a sufrir sola. Nos hemos acostumbrado tanto a la muerte que ya hasta nos inventamos justificaciones como esa de que “a nadie lo matan por bueno”. Para nosotros todo está bien mientras no nos toque. Lo malo es que si no empezamos a hablar, a juntarnos, a reconocernos, a conjugarnos, pronto no habrá salvación para nadie...

“Cada día que pasa, nuestros viejos se van alejando de nuestras vidas llevándose, irremediablemente, la clase de información contenida en estas historias...

Cuando esto ocurra, se llevarán también los cuentos que privaron del sueño a miles de niños, las historias de cómo se construyeron los pueblos que habitamos, sus odiseas de resistencia y sufrimiento, las jornadas de participación, sus rituales de curación, de siembra y de cosecha... Cuando nuestros viejos mueran todo se habrá ido con ellos, y esto será una gran pérdida...”

-Eliot Wigginton-

CONTENIDO

URBANO EN LA TIERRA DEL OLVIDO	5
RECORDAR ES VIVIR	7
EN BOCA CERRADA.....	14
CARAS VEMOS, CORAZONES.....	24
DIME CON QUIEN ANDAS.....	34
CUANDO EL RÍO SUENA.....	40
NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS... ..	48

atención y ellos desfilaron, lo miraron y uno a uno le dijeron...

En El Edén hay un dicho que dice: “mientras los leones no tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador”. Todos en este país hemos sido afectados por la violencia pero somos muy desmemoriados y olvidamos con facilidad lo que hemos vivido. Por eso cuando nos encontramos con personas que nos recuerdan lo que ya vivimos, repetimos lo que otros hicieron con nosotros y nos comportamos como sus verdaderos jueces. juzgamos sus comportamientos y, casi sin darnos cuenta, nos convertimos en enemigos de nuestros propios hermanos...

Hoy creo que a Esperanza de la Concepción, al igual que a los desplazados que llegan a nuestros pueblos, día a día de alguna manera los estamos matando todos: los mata nuestra desmemoria, los mata la forma en que los vemos, los matamos porque más que nuestra solidaridad, reciben nuestra lástima. Los matan nuestras dudas, los mata una ayuda que se cansa demasiado rápido...

Yo siempre le dije a la señora Esperanza que a los pobres lo que más nos conviene es volvernos mudos, yo no se pá que mi diosito nos dio la voz si aquí en la tierra es pecado tenerla... En San Juan muchos me culparon por lo que le pasó a la señora, pero nadie sabe la sed con la que otro bebe. Después de lo que sucedió yo quedé medio loca... Nunca supe qué pasó. No se cómo llegué hasta aquí, ni cómo hice para criar a mi niño...

Lo único que se es que con la ayuda de Isaías lo criamos con amor y el día en que se apareció su abuelo en la puerta de nuestra casa se lo entregamos con el mismo gusto con el que yo habría entregado mi vida para salvar a su mamá si me hubieran permitido hacerlo. Sabemos que está en la ciudad, que está

NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS...

La conversación está buena, al menos para algunos. Para otros es una lata que en realidad sienten lejana, para estos, el desplazamiento es un asunto de marcianos que en nada los afecta... El tiempo ha pasado, la campana anuncia que ya es hora de cambiar de clase. El profe intenta cerrar la charla pero al escuchar la "orden de metal" que brota de la campana, todos se levantan de sus puestos, salen corriendo, gritan, ríen...

El profesor le despeina la cabeza a Abelardo, se queda un momento recostado en el marco de la puerta mientras lee sin darse cuenta un letrero pintado en la pared que con una pésima caligrafía dice: patria boba... No se deje!

"Cuando emprendas tu viaje a Itaca
pide que el camino sea largo, lleno de aventuras,
Lleno de experiencias"
-Konstantino Kavafis-

Después de mirar y de vivir un poco la vida de San Juan de las Ilusiones a través de las ventanas que tenía frente a él, Urbano se acercó a la última. Avanzó dos, tres pasos, pero sintió miedo. Miedo de lo que podría ver, miedo de lo que estaba pasando, miedo a no poder armar ese rompecabezas que aparecía ante sus ojos...

Caminó. Se asomó y se dio cuenta que cada uno de los personajes que había visto en las ventanas anteriores quería decirle algo. Urbano se acercó, les prestó



URBANO EN LA TIERRA DEL OLVIDO

Los cuentos y las leyendas, los dichos y los refranes, expresan bajo una forma simbólica los contenidos inconscientes de los valores sociales
-Milagros Palma-

El sector rural ha sido y sigue siendo el principal escenario de la guerra. Sin embargo, los habitantes de los centros urbanos han empezado a sentir que el conflicto puede alcanzarlos y han visto disminuir la brecha campo-ciudad por una vía violenta: la del desplazamiento forzado.

El desplazamiento interno se ha convertido en uno de los fenómenos más trágicos de nuestro tiempo pues, además de desprotección y vulnerabilidad, provoca rupturas en la estructura familiar, rompe los vínculos sociales y culturales, pone término a relaciones de empleo sólidas, perturba los procesos productivos, interrumpe los ciclos educativos y niega el acceso a derechos fundamentales como la alimentación, la vivienda, la salud, la educación y la recreación, exponiendo a personas inocentes a actos de violencia como ataques, violaciones y/o desapariciones.

La ley 387 de 1997 define como "desplazada" a toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, a abandonar su calidad de residencia y sus actividades económicas habituales porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personal han sido vulneradas o se encuentran



directamente amenazadas"; las razones que más frecuentemente conducen al desplazamiento en Colombia son: el conflicto armado interno, la continua violación de los derechos humanos y el irrespeto a las normas mínimas del derecho internacional humanitario, por parte de los actores armados.

Las historias que a continuación vas a leer, recogen las voces de personas que han sido obligadas a vivir la experiencia del desplazamiento por un sinnúmero de razones y por los más diversos actores; en ellas, hemos recogido vivencias, formas de pensar y pedacitos de vida de personas de carne y hueso, hemos escuchado su experiencia y gracias a la magia de la literatura, su palabra se ha hecho historia en la vida de "Urbano", hijo y nieto de desplazados, joven heredero de una historia de violencia y de desplazamientos sucesivos que suman en él tres generaciones, su abuelo fue desplazado, su madre fue asesinada y él es un desplazado.

Urbano es un, aunque podría ser una. Si fuera una, podría haber sido Clara Patricia, joven desplazada del Chocó. Si fuera un podría haber sido Héctor desplazado en Cimitarra, Una, podría haber sido Alejandra, desplazada en Cimití. Uno podría haber sido Rodrigo, maestro desplazado en Yopal... En fin, una o uno, podría ser uno o una de nosotros...

- Yo no tenía ni idea, -dice rápidamente Paola-.

- Yo sí había escuchado algo así, -afirma Rosa-.

- Eso se nota a simple vista, -dice el joven de la voz aflautada-.

- Los **desplazados son como de otra raza**, uno los mira y los distingue apenas los ve, -apunta Leonardo, quien hasta ahora se había mantenido al margen de la conversación-.

- Yo no creo que sean tan diferentes, es más, pienso que son igualitos a nosotros, -sostiene Abelardo-.

- ¿Qué le pasa?, -Responde Paola-.

- Mi papá me cuenta que a él le toco vivir lo que ellos están viviendo, -insiste Abelardo-.

- ¿Se acuerdan que el otro día Don Pedro nos contó que ellos también tuvieron que dejar su pueblo?, San Juan de las Ilusiones, creo que así se llamaba.

- Lo que pasa es que ese viejo habla más de la cuenta, -dice Leonardo-.

- Pregúntele a su papá si lo que dice don Pedro es mentira. **Lo que pasa es que nosotros estamos aquí, pero no sabemos de dónde venimos**, -vuelve a insistir Abelardo-.

-Pues si son desplazados, yo digo que por algo los corrieron, -cargó Paola-.

- Lo mismo le decían a mi papá, -refutó Abelardo

- Pero a uno no lo corren por bueno o ¿sí?

- Acuérdense que las apariencias engañan...

PATRICIA BOBA
NO SE DEJE

- El problema no es de imagen... Estamos hablando de seres humanos, de personas con derechos!, -insistió Abelardo-

- Pues usted está bueno para que trabaje en la Alcaldía, Abelardo ¿Acaso ellos tienen derecho a meterse en el parque? Me podría explicar ¿quién les dio ese derecho?

El profesor aprovecha la pregunta y habla de la dignidad humana y de los derechos que nos corresponden a todos, por la simple razón de ser humanos...

Sucede que los seres humanos nos formamos los unos a los otros, necesitamos los unos de los otros para poder vivir. **Los humanos dependemos de los demás seres humanos y esto hace que tengamos una clase de valor que nos corresponde a todos por igual** -les dice-, **ese valor es lo que llamamos la dignidad humana...** Un valor al que no podemos renunciar, un valor exigible, un valor que impone límites a la forma en que debemos ser tratados los seres humanos...

Mientras el profesor habla hay un grupo que bosteza y otro que cree que no vale la pena "botarle tanta corriente" al asunto; de pronto, uno de ellos se levanta y dice:

- Amí ya me está dando sueño...

- Si es para tanto, pues no vayamos al parque y listo! replica otro enseguida-

Suenan algunos aplausos, se escuchan algunos chiflidos y se arma una alharaca que el profe intenta controlar, no está dispuesto a dejar que la conversa se le escurra entre las manos, así que carga con una nueva pregunta...

¿Ustedes saben que los que están allí son desplazados, gente que ha tenido que salir del campo por culpa de la violencia?

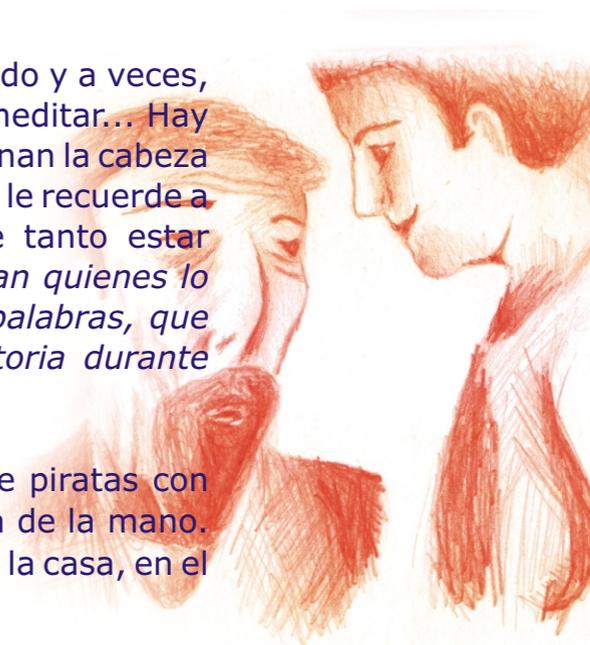
"RECORDAR ES VIVIR"

Cuando un viejo se muere, una biblioteca se incendia
-Tradición oral africana-

"Urbano", era nieto de don Antonio un hombre del campo al que todos le decían el abuelo, el mismo que cuando joven se casó con Ana de la Concepción, una mujer hermosa con la que tuvo cuatro hijos: Agustín el grande, Esperanza de la Concepción, Vicente de los sueños que vuelan libres y Juan testarudo, el menor, el más rebelde.

"Urbano" nació en el campo pero se crió en la ciudad. Está estudiando y a veces, entre clase y clase, se sienta por ahí en algún prado, a pensar, a meditar... Hay días en que la tierra húmeda o el canto distraído de algún pájaro le llenan la cabeza de recuerdos... Entonces deja que su imaginación se ponga las alas y le recuerde a don Antonio, su abuelo, ese hombre recio y trabajador que de tanto estar hablando hizo fama y se volvió cuentero... *"había que verlo -decían quienes lo escucharon-, era tan certero con los gestos, tan preciso con las palabras, que podía mantener a todos boquiabiertos, prendidos de alguna historia durante horas"...*

El abuelo contaba cuentos de espantos, de aparecidos, cuentos de piratas con patas de palo e historias de gitanos que leían el futuro en la palma de la mano. Urbano cuenta que al cerrar los ojos le parece verlo sentado, frente a la casa, en el



campo, tomándose un cafecito, hablando siempre de su pueblo: San Juan de las Ilusiones, un pequeño caserío que al decir del viejo, creció pegadito al valle que formaba el río al bajar de la región montañosa.

"... En la finca siempre había marranos, una vaquita, una mula y perros, varios perros de esos que llaman "gosques" o "canchosos", perros de campo... Se trabajaba duro, pero enseguida corría uno y se dejaba caer en el río que bajaba tocando las piedras con caricias de agua. Me acuerdo que en las tardes nos íbamos porai con los muchachos de los vecinos, a corretiar gallinas a trepar a los árboles, a bajar frutas. Allá se vivía sabroso... Íbamos a pescar con los vecinos, organizábamos parrandas en plena calle, sancocho en las montañas y ollas, puras ollas a lo largo del valle del río de los peces que brotan, que lo llamaban así porque los peces eran tantos que uno podía cogerlos con la mano".

Urbano pregunta a veces por qué se vinieron del campo, pero nadie quiere hablarle de eso. Lo cierto es que como buen muchacho de ciudad, ya no cree en cuentos de espantos ni en historias de aparecidos. Ahora sabe que hay historias que espantan, que abundan los muertos y los desaparecidos. Sabe que el tío Vicente, a pesar de la pata de palo no es el "pirata malapata" y que a la ciudad llegan día a día los nuevos gitanos, caravanas de gentes errantes, apiladas en improvisadas carpas, hombres, mujeres y niños queriendo ser magos y no vagos, queriendo olvidar el pasado más que adivinar el futuro, queriendo encantar y no estorbar a la gente que pasa y los mira sin verlos, como si fueran fantasmas...

Un día, a Urbano le entra la inquietud por su pasado y decide alistar su morral,

Saben que la muerte acecha pero no dicen nada. Algunos porque lo justifican, otros porque les da miedo y otros más porque no consideran que ese problema tenga que ver con ellos...

- Miren lo que está pasando ahora mismo. Estamos metidos en los ranchos y ya está llegando gente armada a correrlos de aquí también... Es como si quisieran borrarlos de la tierra, -apunta Javier nuevamente-.

- Yo no tenía ni idea de eso, en realidad casi no paso por allá, -afirmó la rubia nuevamente-.

- Yo digo que si esa gente anda por ahí es para ayudar. Un pelado que vive allá me contó que los tipos han puesto orden, que ponen la gente a hacer algo, es que allá hay mucha vagancia, -insistió el joven de voz aflautada-.

- Y también porque hay ladrones. En el pueblo hay un dicho: todo lo que se pierda aquí, seguro que aparece allá, -cargó nuevamente Paola-.

- A lo mejor como son pobres, se acostumbraron a robar, -comentó Rosa-.

- Pero nosotros también somos pobres ¿Eso quiere decir que somos ladrones?, -Preguntó Abelardo-.

Una nueva pregunta del profesor agita aún más las aguas...

¿Ustedes sienten que los afecta en algo lo que está sucediendo en el parque?

- Yo, no, -contestó Rosa-.

- Yo sí, -afirmó Abelardo-.

- Pero ¿En qué lo va afectar a uno?, -Apuntó Paola-.

- Yo digo que sí, porque están dañando la imagen del pueblo, -repuso un nuevo muchacho-.



¿Cuál es la diferencia? ...

La pregunta del profe aviva la discusión. Todos hablan, dicen cosas y poco a poco, la discusión es con Abelardo y con Javier. Ellos son amigos hace unos meses. Javier está viviendo en el parque, es un "desplazado", pues a él y a su familia los obligaron a dejar la tierra en que vivían. Llevan dos años metidos allí. Abelardo, por su parte, tiene lo que necesita para vivir.

La discusión sigue su curso... Los argumentos van y vienen...

- *Mi papá dice que esa gente es muy acomodada, que se les da la mano y ya quieren tomarse el brazo entero, -dice Rosa, una chica a la que le gustan las cosas claras-*.

- *Mi mamá también dice eso. Dice que hasta les van a dar unos terrenos y les piensan construir unas casas. Como quien dice "pan y arepa debajo del brazo" -apunta Paola, su amiga-*.

- *Yo también escuché eso, -vuelve a decir la chica rubia-*.

- *Mi papá está muy molesto con lo que está pasando, el otro día se encontró con el Alcalde y le dijo: ¿es verdad que ahora para conseguir casa hay que dejar de trabajar y ponerse a invadir los parques?, -Dice Paola con firmeza-*.

- *¡Pero es que esa gente no está ahí porque quiera ! - apunta Abelardo abriendo los ojos-*.

- *Es verdad, -apoya Javier-. A nosotros nos obligaron a dejar la finca a punta de amenazas apoya Javier-, a mi mamá le dijeron que teníamos que salir de allá porque sí no....*

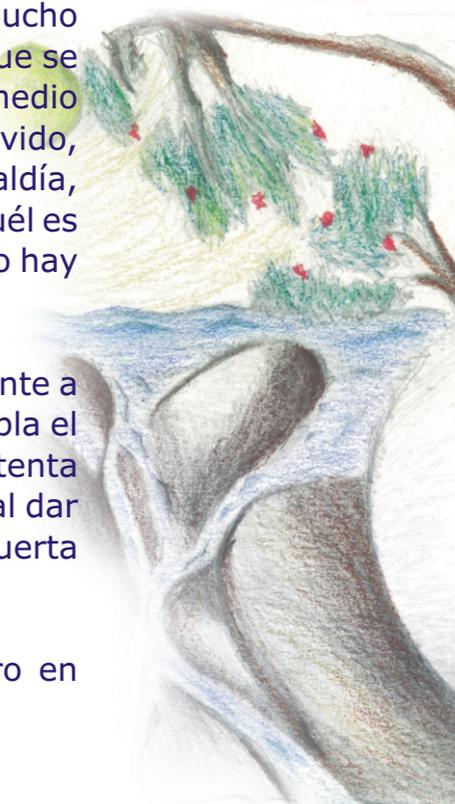
La conversa fluye y la vida sigue. En la escuela se discute y afuera la muerte acecha, amenaza, impone. Todos saben que en los alrededores del refugio que se ha improvisado en la plaza, los "hombres de armas" han empezado a aparecer.

dispuesto a emprender un viaje alucinado, un viaje hacia el misterioso mundo del pasado, su pasado... Allí camina, intenta desandar el tiempo y pregunta por el valle del río de los peces que brotan, pero nadie le da razón. Sigue su andar, indaga por San Juan de las Ilusiones pero no encuentra respuesta alguna, es como si a la gente le hubieran taponado la boca, como si les hubieran cocido los párpados para evitar que vean, como si después de tanto silencio los recuerdos se les hubieran borrado...

Camina, cruza caseríos, atraviesa plazas, remonta montañas y luego de mucho buscar, aparece ante sus ojos un pueblo, un montoncito de casas apiladas que se dejan caer como gotas a lo largo de dos callecitas estrechas. Se detiene en medio de una placita en la que se levanta la estatua de algún prócer perdido en el olvido, a un lado está la iglesia, entra pero no hay nadie; más allá está la Alcaldía, tampoco hay nadie... Atraviesa la plaza y se dirige a la escuela pero nada, aquél es un lugar moribundo, un sitio en el que se han muerto hasta los perros y ya no hay quien le ladre al silencio...

Después de caminar la soledad de aquellas calles, Urbano se dirige nuevamente a la iglesia, se acuerda de Dios y, sin darse cuenta, empieza a rezar. Afuera sopla el viento, el único que pareciera insistir en habitar aquellas calles, se sienta, intenta descansar pero decide que lo mejor es alejarse de aquel lugar. Se levanta y al dar los primeros pasos, siente unos ojos que lo miran, voltea la cabeza y de una puerta entreabierta ve salir un viejo de mirada profunda...

Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, pensó, intentó pensar, pero en



realidad no pensaba, superó sus miedos y decidió acercarse... No sabía por qué, pero aquel rostro le resultó familiar... El viejo lo miró y, como adivinando sus pensamientos le dijo:

- Has llegado, éste es San Juan de las Ilusiones.

Urbano lo miró extrañado, no dijo nada, sin embargo el viejo notó su desconcierto, se quedó viéndolo un instante y de repente volvió a decir:

- Éste, como tantos otros pueblos, fue un lugar hermoso, un pueblecito habitado por gente linda, gente trabajadora, gente del color de la tierra.

- ¿Dónde está esa gente? -preguntó Urbano-

- Unos murieron, otros se marcharon, algunos desaparecieron de la noche a la mañana y los demás, poco a poco y sin que nos diéramos cuenta, nos fuimos haciendo invisibles, terminamos siendo fantasmas...

Urbano seguía sin entender, así que el viejo lo miró, lo invitó a sentarse y empezó a contarle...

“En éste pueblo vivíamos felices, sin comodidades, pero con tranquilidad. Éramos agricultores, sacábamos la arveja, el frijol, la zanahoria y varias clases de frutas. En las noches, nos reuníamos con los vecinos para rezar el rosario, para tomar chocolate con arepa caliente, para contar tres o cuatro cuentos antes de irnos a dormir; pero vea usted cómo son las cosas, un día empezaron a llegar hombres armados a San Juan... A nosotros nos dio miedo, para que uno va decir mentiras, claro que como la comunidad era muy unida, muy servicial, los recibimos bien, como a cualquier otro paisano.

Para cambiar de ambiente o tal vez para engañar el tedio, el profesor propone realizar la clase fuera del salón. Sugiere que vayan al parque, pero la mayoría de los estudiantes se opone a lo que el profe les está diciendo...

- No profe, usted sabe que, desde que se tomaron el parque, por allá no se puede pasar, - afirma una jovencita de hablar desparpajado-

- Sí, eso huele maluco y a mí me han dicho que está muy inseguro, -asegura otra de cabello rubio-

El profesor pregunta si saben quiénes y por qué se tomaron el parque.
- Por ahí se dice que es gente pobre, -apunta uno de los muchachos-

- Son “desplazados” afirma Javier...

- ¿Desplazados?, yo no se qué quiere decir eso, -indica nuevamente la jovencita de cabello rubio-

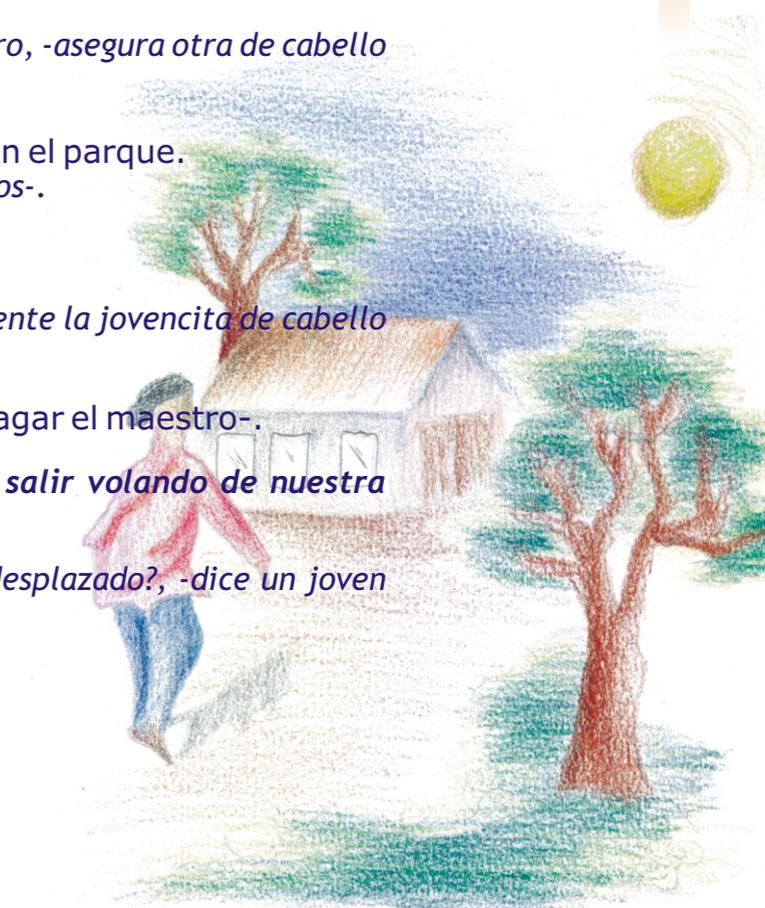
Alguien sabe ¿qué significa ser desplazado?,-vuelve a indagar el maestro-

- Desplazados somos los que nos hemos visto obligados a salir volando de nuestra tierra o de nuestra casa, -responde Javier rápidamente-

- Mi mamá me saca a volar a cada rato, ¿entonces yo soy un desplazado?, -dice un joven delgadito con una voz aflautada-

En ese momento se escuchan risas, gritos, bromas...

- Eso es diferente!, - responde Abelardo-



las cosas, la identidad de las personas y aún la conciencia del propio ser, hasta que se hundía en una especie de idiotez sin pasado...

La violencia, como el insomnio, nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia y pareciera que se empeñara en querer sumirnos en el olvido. Borra nuestros recuerdos, nos hace olvidar lo que vivimos, desaparece el valor de las palabras, amenaza con volvernos fantasmas y nos condena como el hombre de los pescaditos de oro, a repetir lo que vivimos una y otra vez...

¿Cómo romper la circularidad de la violencia? ¿Cómo escapar a la desmemoria y al olvido? ¿qué ocurre cuando olvidamos el pasado? Si pudiera inventar una forma de ganarle al insomnio ¿Cuál sería tu antídoto?

Es lunes, día de mercado en el pueblo y la campana de la iglesia suena con insistencia. Hace años que reemplaza al viejo reloj que permanece congelado a su lado, convertido en tedio muerto. El pueblo despierta como si fuera un niño. En las puertas de las casas y en las tiendas se escuchan las noticias y la música que sale de la radio. Cada quién, se prepara para encarar el día, para realizar su oficio cotidiano...

Los niños de la escuela caminan como hileras de hormiguitas, la gente del color de la tierra se dispone a trabajar y los muchachos empiezan a apropiarse del colegio; allí la vida fluye, grita, besa, reclama, se muestra... Hay algo que diferencia este lugar del resto del pueblo... Tal vez sea la alegría de Héctor y los cuadros que pinta, tal vez sea Margarita con su cuerpo escurridizo, siguiendo la música y robándose las miradas o, tal vez sea Fernando y su vieja guitarra, juguete de palo con el que trata de inventar acordes que le permitan contar o cantar el río de pasiones que le corren por dentro...

Al comienzo eran medio callados, casi no se arrimaban a las casas y poco se relacionaban con la gente. Nuestra tierra se volvió caminadero de ellos, así que nos acostumbramos a verlos por ahí... Pero las cosas se tenían que complicar, eso pasa siempre cuando uno es pobre... Al poco tiempo llegó otra “gente de armas”, eran tan parecidos a los primeros que casi no logramos distinguirlos, claro que a diferencia de los otros, estos llegaron intimidando, asustando, agrediéndolo a uno.

- “Nosotros no les vamos a hacer nada” nos decían los unos-.

- “Lo que pasa es que cuando se prenda la plomacera, no vamos a poder responder por los que queden en medio” nos decían los otros-.

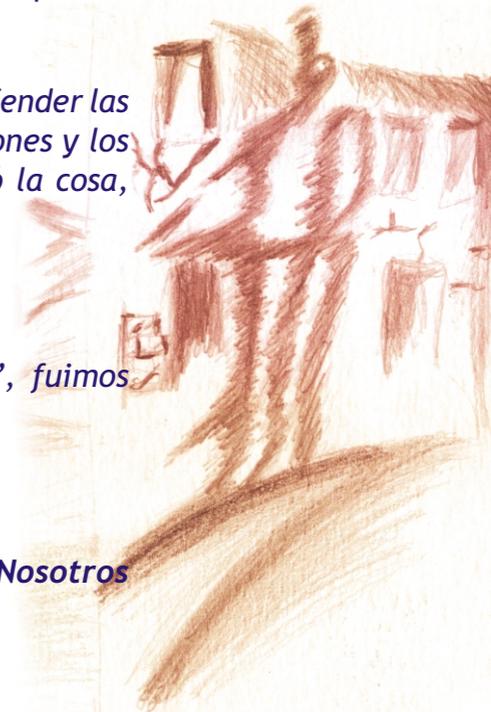
Lo cierto es que unos y otros comenzaron a decir cosas, hablaban, todos decían defender las razones y los principios y tal, pero como nosotros no conocíamos eso de las razones y los principios y tal, los atendimos a todos por igual, claro que a ninguno le gustó la cosa, llegaban unos y detrás venían los otros a poner problemas.

- “No se preocupen que donde come uno comen dos” -les decíamos nosotros-.

Ellos tenían sus problemas y los que terminamos “pagando los platos rotos”, fuimos nosotros...

Entonces comenzaron con el cuento que teníamos que irnos...

De mi pueblo, los recuerdos alegres se confunden con los recuerdos tristes. Nosotros



habíamos vivido la violencia, habíamos huido de ella y habíamos trabajado duro para construir un pueblecito hermoso, pero la vida comenzó a acabarse, todo lo que habíamos construido se empezó a venir al piso después de la muerte de Esperanza de la Concepción.

Ella se había casado hacía poco. Era una mujer muy querida, muy colaboradora y un día, sin saber por qué, la mataron junto con su esposo, no les importó dejar sin mamá a un niño de brazos... Cuando nos avisaron lo que había pasado, subimos y los enterramos con rabia, con dolor, pero tratamos de enterrarlos sin rencores, de verdad, sin rencores... Claro que nadie se imaginó que lo más doloroso vendría después...

*El valle del río de los peces que brotan se transformó en el mero pantano de las tristezas, del río ya no brotaban peces sino cristianos y la **“peste del silencio” empezó a acabar con la tranquilidad, con la vecindad toda... Nosotros que siempre habíamos sido unidos, habladores, conversadores, de la noche a la mañana, nos enfermamos de indiferencia.***

- No hable con aquel decían los unos-

- Si ustedes hablan con ellos son enemigos de nosotros decían los otros-

Fueron tantas las vidas desperdiciadas, que no nos quedó más remedio que coger camino, tuvimos que alejarnos del pueblo, abandonar el trabajo, los amigos, la comunidad que nos vio nacer y crecer y, ¿sabe una cosa? Eso de que lo obliguen a uno a desprenderse de su tierra, eso de que le destruyan la familia, eso de que le acaben con la vecindad, eso es lo más duro que existe, yo se por qué se lo digo... Es que si uno coge una matica y le corta la raíz, se le muere... Entonces dígame, qué puede hacer un paisano cuando le toca dejar su

A esa misma hora, en el pueblo, los niños de la escuela estaban rezando el padrenuestro habitual, los campesinos se dirigían a sus parcelas con el azadón al hombro... Las señoras del pueblo no habían rezado aún su rosario en la iglesia del padre Leonel y el bus de la mañana pitaba frente a la estación anunciando que se disponía a partir... Nadie se imaginaba lo que había pasado, nadie sospechaba que la muerte mordía, devoraba, nadie sabía que Esperanza de la Concepción y José del Carmen ya no eran más que cifras, indicadores en tablas que intentarían dar cuenta de la barbarie, datos estadísticos de la guerra...

Y al hombre se le olvidó todo, tanto que se olvidó que estaba vivo y se murió”

Vladimir Olaya

Gabriel García Márquez cuenta la historia de un hombre hacía pescaditos de oro, los detallaba con mucho cuidado y cuando acababa, los fundía para volver a hacer pescaditos de oro. Eso nos está pasando en Colombia. Vivimos una historia de violencia y como no pensamos en lo que hemos vivido, casi sin darnos cuenta, lo repetimos y nos vemos otra vez metidos en las mismas historias de violencia.

Al parecer nos está sucediendo lo mismo que un pueblo en el que sus habitantes se encontraron un día con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad... Nadie supo cómo ni por qué pero habían contraído la peste del insomnio...

Pero lo más terrible del insomnio no era la imposibilidad de dormir ya que el cuerpo no sentía cansancio alguno, lo más temible fue que con él, llegó una enfermedad más crítica: el olvido...

Dicen que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de





Cuando El río suena...

tierra y coger para un lugar que no conoce, un lugar en el que se vuelve un estorbo, un lugar en el que la tierra no tiene piel sino esa costra a la que llaman cemento, qué puede hacer uno cuando le cortan las ramas y además lo obligan a vivir sin raíces”...

Urbano escuchó al viejo, no sabía qué hacer, ni qué decir, no entendía por qué la gente tenía que sufrir las consecuencias de una guerra inventada por otros...

En ese momento sintió que su cabeza comenzaba a llenarse de preguntas: ¿Qué podemos hacer para ganarle la guerra a la desmemoria y al olvido? ¿Qué podemos hacer para evitar que la muerte nos siga alcanzando? ¿De qué manera podemos evitar que el silencio se apodere de nosotros? ¿Qué hacer para que nuestros pueblos dejen de morir, para que vuelvan a ser pueblos vivos?

El viejo escuchó sus pensamientos, se levantó, atravesó la casa y se detuvo en la puerta de atrás sin que Urbano se despegara de él. Lo invitó a mirar. Urbano se asomó y observó cinco ventanas que, como si fueran espejos, reflejaban un pedacito de existencia, un trocito de historia, un momento de vida, la vida de los habitantes de San Juan...

Urbano miró nuevamente y lo que vio, es lo que enseguida les vamos a contar...

En Boca cerrada...



- Ahí está, -dijo inquieto uno-.

- Tranquilo, no se me vaya a acelerar, -volvió camisa negra-.

- Tiene el niño alzado, apuntó el joven-.

- ¿Sí? Pues de malas!, -insistió su acompañante-.

Una jovencita entra a la sala, los saluda y les ofrece un tinto.... Los hombres voltean la cabeza para verla y la desnudan con la mirada. Un tintico está bien pero antes, recíbele el niño a su patrona. "No se la demoramos" -le dicen-. Esperanza se dirige a la puerta, llama a José del Carmen y éste aparece enseguida....

En ese momento se escucha el andar de la muerte, los jinetes del Apocalipsis se regocijan, cumplen su tarea en medio de risas y festejos... La escena tantas veces vista vuelve a repetirse, la muerte se pasea ostentosa en medio de la indefensión de sus elegidos...

Un hombre y una mujer yacen en el piso y para nosotros empiezan cien años más de soledad...

Adentro se escucha el llanto de un niño...

- Tarea cumplida! dijo el conductor-.

- En el mundo hay dos sapos menos, replicó otro de los jóvenes-..

- Aquí, lo único que importa es cuidar el pellejo, -concluyó camisa negra-.



La camioneta sigue su curso, ajena a lo que pasa afuera... Afuera la peste del miedo acecha, la gente vive asustada. Todos son enemigos potenciales. Los hombres de armas los han puesto contra la pared. Si no ayudan, malo y si ayudan también. Estar cerca de quien ayuda, así sea por obligación, también los expone... Los comentarios van y vienen como los carros que cruzan raudos en la autopista...

- Bueno, listos que va a empezar la fiesta, ya estamos llegando sentencia el conductor-.

- ¿Cómo es la vuelta?, -preguntó el que hasta ahora había permanecido en silencio-.
- Ustedes mantengan la boca cerrada, déjenme hablar a mí, -afirma, camisa negra-.

- ¿Y si están armados?, -insistió el otro-.

- Qué armados van a estar!, -dijo el joven, levantando la voz-.

- ¿Qué no? Acuérdesse que son soplones!, -contestó el conductor-.

- Bueno, pilas, pilas que llegamos!, -sentenció camisa negra-.

- Vamos a salir deste chicharron rapidito ¿listo? apuntó uno de los más jóvenes-.

- Me extraña de usted Carlitos... El trabajo hay que hacerlo con gusto, sin afanes ¿me entiende?

- Bueno, a lo que vinimos vamos.

- Todos al piso! ordenó el conductor-.

- Ehhh! Estamos de buenas, el restaurante ya está abierto ¿aprovechamos y desayunamos antes de trabajar?, -apuntó camisa negra-.

En ese momento varios sueltan la risa, se encaletan las armas debajo de las chaquetas y entran sin saludar...

*“El ojo que ves, no es ojo porque lo ves,
es ojo porque te ve”*
Antonio Machado.

Una planta sin raíces muere irremediablemente. La raíz la sostiene, le da estabilidad y le permite extraer su alimento de la tierra. Con los humanos pasa lo mismo, a nosotros nos gusta echar raíces y alimentarnos a través de ellas.

Los seres que queremos, nuestros vecinos, nuestros amigos, nuestras familias, la tierrita que trabajamos, los sembrados y hasta los animalitos de los que nos encariñamos, son nuestras raíces... De ellos y a través de ellos nos alimentamos, crecemos con sus afectos, nos alimentamos con su calor, con la alegría que nos dan, nos mantenemos vivos con su presencia, con las relaciones y el reconocimiento que nos brindan.

El arraigo es vivenciado por el ser humano en el momento de encontrarse, acercarse y poder unirse a sus semejantes. El desarraigo es la ruptura de los vínculos personales más profundos. El ser humano desarraigado está indefenso, es como una planta sin raíces y no tiene otra realidad que el desapego.

¿Qué significa ser sujeto de derechos? ¿Cómo hacer sociedad cuando somos despojados de los derechos que nos corresponden como humanos? ¿Qué significa ser ciudadano cuando no se respetan los acuerdos mínimos que nos vinculan a la construcción de lo social?

La tarde empieza a caer y el sol apoya sus últimos rayos sobre la torre de la iglesia. La campana suelta sus notas al aire, anunciando a todos que la misa de seis está próxima a empezar. Un gallo distraído canta en la lejanía, el calor ha cedido y la gente ha empezado a sacar sus sillas para sentarse en el frente, saludar a los que pasan y ver cómo las sombras se van apoderando de las calles, ver cómo se va



desdibujando el reloj que desde tiempos remotos está empotrado en la torre izquierda y que desde hace por lo menos diez años, se empeña tercamente en marcar las once y cincuenta...

Junto a la iglesia está la farmacia, más allá se levanta el edificio de la Alcaldía y pegadito a éste el cuartel de policía. Al frente está el parque, uno de los pocos parques de pueblo que tiene un gran instrumento musical en el centro y no la estatua de un prócer o de un señor importante. Del otro lado está el billar y la tienda de don Pedro, desplazado en San Juan y sobreviviente de la violencia de los años cincuenta y quien de tarde en tarde, después de tomarse sus aguardientes, reúne a grandes y a chicos alrededor de sus historias sobre la violencia, "la chusma", "los pájaros", "los bandoleros" y las guerrillas de Guadalupe Salcedo.

"Pueblo pequeño infierno grande" reza un decir popular-, y El Edén está ahí, para comprobarlo. Todos se conocen, todos se saludan, todos se encuentran en la iglesia, en el colegio, en el puesto de salud, en las banquitas del parque; sin embargo, hace cerca de tres años han comenzado a ver gente rara, gente que no es de ahí, "**desplazados**", como ellos los llaman, **gentecitas que se han visto forzadas a abandonar su tierra, su oficio y sus vecinos porque su vida y la de sus familias ha sido amenazada a causa de la guerra o la violencia**, gente indefensa que ha preferido tener que "volver a empezar" antes que seguir engrosando ejércitos, ocupando camas en los hospitales o llenando espacio en los cementerios...

Como han llegado de uno en uno y no de cientos como en otras partes, se vuelven invisibles. Nadie parece darse cuenta que existen. Arrastran su sombra de un lado para otro, golpean puertas, hablan con la cabeza gacha para no molestar a nadie o simplemente repiten una lección que han aprendido como una determinación lapidante: callan. Se apilan en casetas de plástico o en ranchitos de

carretera-.

- *Al comandante le contaron que han estado dándonos y por la espalda.*

- De pronto los obligaron.

- *Si los obligaron de malas, se van a morir por pendejos!, -habló camisa negra-.*

- ¡Pero siempre han vivido en el pueblo!

- *Eso lo único que prueba es que en el pueblo hay sapos!, -insistió el hombre-*

- Ahhh!

- *Usté lo que tiene es miedo!*

- Piense lo que quiera...

La camioneta sigue su camino, coge una curva y las ruedas chillan. Huele a caucho quemado y uno que no ha abierto la boca hasta ahora piensa: "si seguimos así, vamos es a hacerle compañía a San Pedro antes de cumplir con la tarea". En el radio suena una canción que algunos cantan.

- *En últimas tire frescura que estamos hablando de sapos no de cristianos. -volvió a decir el que estaba manejando-.*

- *Sí, compadre, piense que a ellos los ajustició su misma gente, -aclaró el otro muchacho-*

- *Cómo serán de buenos que hasta los vecinos desconfían de ellos ¿ah?.*

- *Eso sí es verdad, su misma comunidad les dio dedo, -replicó el conductor-.*



disminuye la velocidad y la estabiliza en medio de las risas y los madrazos de sus acompañantes.

Cuando logra sortear la situación el conductor pisa el acelerador con fuerza. Está clareando y la avenida está completamente vacía. Una leve llovizna moja el pavimento y de pronto, uno de los tres jóvenes rompe el silencio y apunta:

- *Yo no se por qué la gente no aprende...*
- *Por brutos!, -contestó el de camisa negra-*
- *Pero tienen que aprender. A las buenas o a las malas!, -dijo el conductor-*
- *Como dicen por ahí, la letra con sangre entra!, -insistió-*
- *Pero qué vaina tener que darles, -dijo el joven-*
- *Qué, ¿tiene miedo?, -preguntó el que estaba sentado a su lado-*
- *Qué miedo ni qué ocho cuartos... Esa gente es conocida...*
- *Conocidos y todo, pero perdieron el año!, -apuntó nuevamente el de la camisa negra-*
- *Eso sí es verdad, ¿no oyó lo que dijo el comandante?, -afirmó el conductor-*
- *La gente dice que son sapos, -replicó de nuevo-*
- **La gente habla más de la cuenta.**
- *Si, sobre todo ellos, -retacó el conductor-*
- *Dicen que han estado hablando con quien no les conviene y eso no lo podemos permitir, -nuevamente el camisa negra-*
- *Es por el bien de todos* apunta el conductor-, separando por un instante sus ojos de la

madera y callan, intentan no llamar la atención y callan, saben que en muchas partes el color de la tierra molesta, incomoda, afea, lo saben, lo escuchan, lo sienten y callan...

En medio de aquel paisaje está la figura de don Pedro, un hombre del campo, un hombre amable. Como siempre suele hacerlo, está sentado frente a su tienda, hablando, diciendo cosas, relatando historias pasadas para hacer que lo que ha vivido perdure en la memoria de los otros, para tratar de evitar que lo que ha vivido se repita irremediabilmente... Nadie sabe con exactitud dónde nació, pero a todos les gusta conversar con él. Los niños lo siguen para que juegue con ellos, para que les cuente historias, los jóvenes y los adultos lo buscan para que les dé consejos. Hoy por ejemplo, está hablando, contando cómo llegaron allí, pareciera que quiere poner en contacto a todos, que quiere hacerlos hablar para que se conozcan, para que se acerquen, para que compartan su soledad, para que se conjuguen, para que recuerden de dónde vienen y puedan clarificar hacia dónde ir...

Se dispone a iniciar su historia y ve llegar a un joven, lo mira por un instante y da inicio al ritual de las palabras...

“Yo tuve que vivir la violencia grande, la que nos corretió en los años cincuentas. Después me instalé en San Juan, y de allá también me tocó salir corriendo, de allí me tocó salir huyéndole a la violencia. Llegamos muchos y como éramos tantos, nos tocó amontonarnos en una escuelita. Ustedes no se acuerdan porque estaban muy chiquitos dice mirando a los niños-. Después nos pasaron para un parque y luego, nos “tomamos” estos terrenos, aunque quedaban bastante retirados del pueblo. Me acuerdo que en esa época había que caminar unas cinco horas para llegar hasta aquí. Llegamos desmontando, parando palos, forrándolos en plástico y los que teníamos forma, compramos unas tejas



de zinc. Así armamos los primeros ranchitos. A este lugar lo bautizamos “El Edén” y lo nombramos así porque para uno de pobre, tener un pedacito de tierra es como vivir en el paraíso.

Al comienzo éramos unas cinco familias, a la semana como cuarenta y después llegamos a ser hasta doscientas. Como no teníamos agua nos tocaba subir hasta el pueblo a pedirla regalada, Al comienzo la gente colaboraba, para qué uno va a ser malagradecido, no. La gente nos ayudó, nos hacían entrar al patio y nos permitían llenar las palanganas, pero como la situación estaba tan dura, terminamos volviéndonos una carga muy pesada y eso cansa... La gente empezó a dejar de ayudarnos, incluso hubo algunos que empezaron a presionar para que nos fuéramos, para que no les afeáramos el pueblo, para que no les recordáramos que la violencia es un monstruo grande, un monstruo que pisa fuerte, un monstruo que en cualquier momento los podía también alcanzar a ellos...

- Ustedes son unos flojos, recostados, y no quieren trabajar *afirmaban*-.

- Este pueblo es muy pequeño, aquí no cabe tanto problema *-gritaban*-.

- Esa gente no se puede quedar aquí *murmuraban*-, ellos tienen problemas con la gente armada y si los dejamos quedar, cuando menos pensemos vamos a terminar metidos en el problema *-insistían*-.

Nosotros no les prestábamos atención. Al fin y al cabo veníamos huyéndole a la violencia, queriendo vivir en paz, vivir con tranquilidad. Madrugábamos a ordenar, a limpiar, a organizar. Los jóvenes le enseñaban a los niños y los adultos subíamos al pueblo para tratar de conseguir trabajo, pero nada! De repente parecía que tuviéramos la peste, la gente se retiraba por donde nosotros pasábamos, nos cerraban las puertas, ni siquiera nos contestaban el saludo... Poco a poco nos fueron arrinconando, y los comentarios se empezaron a volver más fuertes:

- A ustedes no les gusta trabajar y esos ranchos se están volviendo guaridas de ladrones, decían-.

juntaron a cualquiera de los bandos enfrentados y claro, también hubo quienes decidieron que lo mejor era empacar los corotos, vender lo que se pudiera, y alejarse de allí, irse a vivir a otro pueblo, irse tratando de salvar la vida, intentando olvidar el pasado, irse huyéndole a la violencia...



“El error estuvo en creer que era un tornillo por el simple hecho de que tenía forma de tornillo”

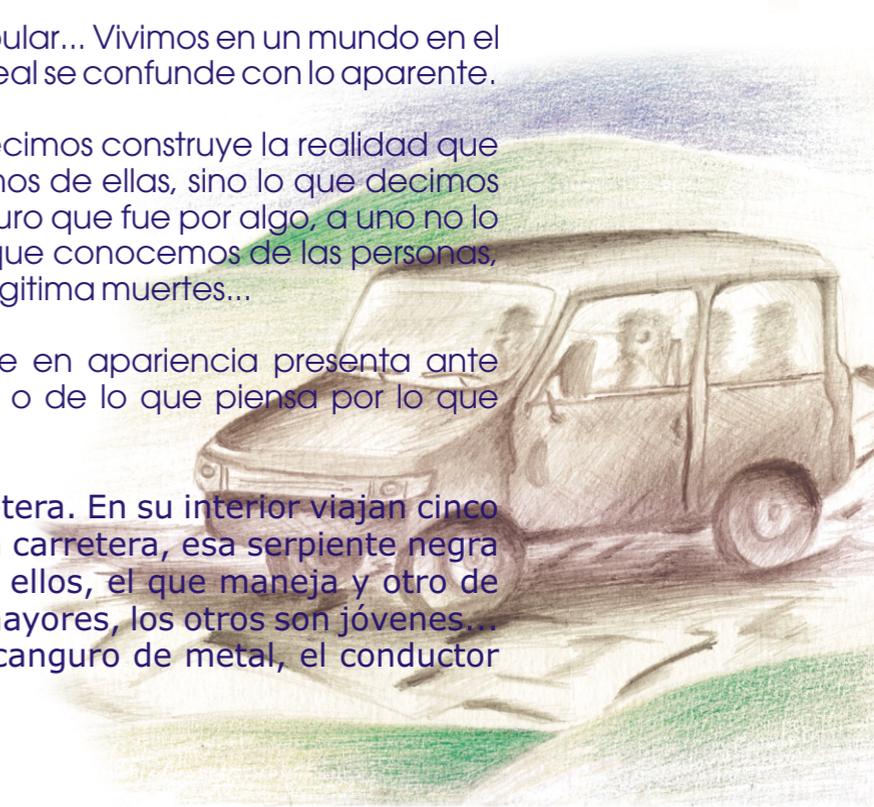
Julio Cortázar.

El tigre no es como lo pintan reza un refrán popular... Vivimos en un mundo en el que lo superficial se vuelve fundamental y lo real se confunde con lo aparente.

Las palabras circulan de boca en boca y lo que decimos construye la realidad que nombramos. Las personas no son lo que conocemos de ellas, sino lo que decimos que son o lo que escuchamos que otros dicen. Seguro que fue por algo, a uno no lo matan por bueno. Las apariencias reemplazan lo que conocemos de las personas, en ocasiones lo que decimos genera agresiones o legítimas muertes...

¿Podemos decir quién es una persona por lo que en apariencia presenta ante nosotros? ¿Podemos dar cuenta de lo que siente o de lo que piensa por lo que “vemos que hace”?

Una camioneta se desliza rápidamente en la carretera. En su interior viajan cinco hombres que permanecen con la mirada fija en la carretera, esa serpiente negra que se refleja en las gafas del conductor. Dos de ellos, el que maneja y otro de camisa negra que viene en la parte de atrás son mayores, los otros son jóvenes... La camioneta coge un desnivel y salta como un canguro de metal, el conductor





Dime Con quien andas

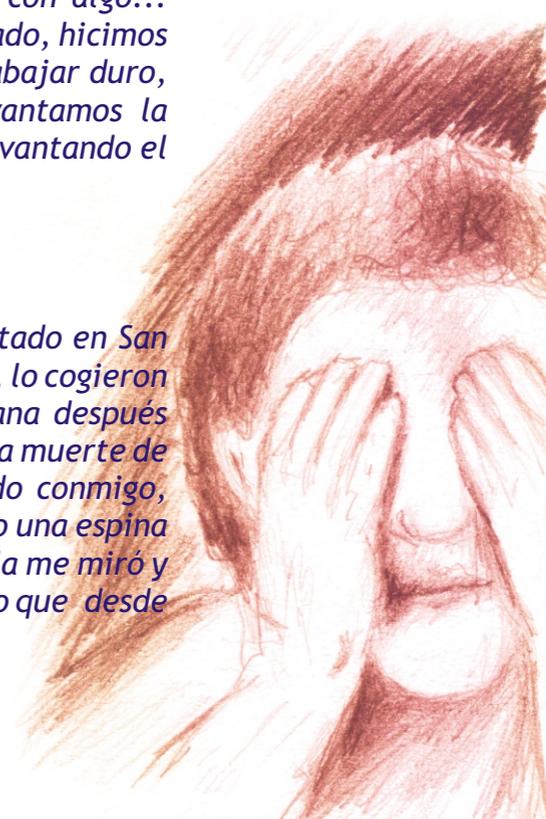
- A este mal hay que ponerle remedio pronto, si seguimos así, el pueblo se nos va a llenar de vagabundos de todo Colombia, -gritaban-.

- ¿Cómo hace uno para saber que esa gente en verdad es gente de bien? A una vecina mía le robó el marido una de esas mujeres. Ella dice que las de allá son unas prostitutas.

Para dejar de recibir insultos hablamos con la Alcaldía y con la ayuda de ellos nos acomodamos aquí, al poco tiempo empezamos a trabajar en las fincas cercanas, trabajábamos por cualquier cosa... Lo único que nos importaba era llegar con algo... Después de un tiempo se habló con el dueño de los terrenos que habíamos ocupado, hicimos un acuerdo con él y le empezamos a pagar la tierrita por cuotas. Nos tocó trabajar duro, pero salimos adelante... Lotiamos el terreno, se ubicaron las calles, levantamos la escuelita, construimos la iglesia, el puesto de salud y de a poquitos, fuimos levantando el pueblito que están viendo ahora.

Claro que la violencia nunca ha dejado de acosarnos...

A los pocos meses de estar aquí supimos que al hermanito mío, lo habían matado en San Juan. Cuentan que los hombres de armas llegaron a la finca en la que trabajaba, lo cogieron y se lo llevaron. A los dos días encontraron su cuerpo mutilado y una semana después hallaron la cabeza... Cuando me enteré de lo que había pasado, me acordé de la muerte de Esperanza de la Concepción, una muchacha de San Juan que se había criado conmigo, recuerdo que su muerte me dolió mucho, me dolió como si me hubieran clavado una espina en el centro del corazón... Cuando nos dieron la noticia abracé a la abuela y ella me miró y me dijo: “¿vivir será obligación?” Ese día lloré como nunca lo había hecho, pienso que desde entonces, algo aquí adentro se empezó a morir...



El viejo Pedro se golpea con suavidad el pecho... Y ¿qué pasó con ella, con Esperanza de la Concepción? -preguntó el joven que había llegado-. El viejo Pedro levantó la cabeza, lo miró un instante y continuó:

Esperanza de la Concepción era la niña consentida del pueblo. Me acuerdo que el día que se casó hicimos la mejor fiesta que se haya visto, al fin y al cabo era “la niña de nuestros ojos” y él, un hombre trabajador al que todo el mundo conocía por su alegría y por lo colaborador que era.

Como la situación en el campo se fue poniendo color de hormiga después de la llegada de “la gente de armas”, muchos tuvimos que marcharnos para salvar la vida. Esperanza de la Concepción y José del Carmen se marcharon también, aunque no se fueron del pueblo, no. Se bajaron de la finca y se instalaron a orillas de la carretera. Compraron una casita, una mula, una vaquita y abrieron un pequeño restaurante. Ella encantaba a todos con sus guisos y sus sancochos mientras que él, se dedicaba a cuidar las maticas que había sembrado en el patio de la casa...

Todo iba bien y comenzó a estar mejor cuando supimos por el doctor Morales que Esperanza de la Concepción y el bueno del José del Carmen iban a recibir la bendición de un hijo, su primer hijo. Ella se puso más hermosa que de costumbre y él se dedicó a trabajar con más ganas, incluso desempolvó una herramienta que había sido de su abuelo y se puso a hacer la cunita con sus propias manos...

El tiempo pasó y a los nueve meses justicos, la vida dibujó una sonrisa plena en la cara de José del Carmen... El bebé fue un varoncito, “José de la Primera Ilusión”. Casi todo el pueblo le sirvió de padrino, cuentan que tuvo tantos padrinos que el pueblo todo se hizo familia por culpa suya, dicen que es el muchachito que más padrinos ha tenido.

Como Esperanza de la Concepción estaba débil habían decidido contratar a una jovencita pero el restaurante no daba p´a tanto; sin embargo, cuando habían perdido las esperanzas de encontrar ayuda, como por arte de magia, apareció en su puerta una niña de unos trece o

Esteban, a la profesora, y no contentos con eso, quemaron la escuela y muchos, pero muchos ranchos...

Dicen que para sobrevivir, la gente tuvo que dejar de hablar. Que a todo el mundo le tocó quedarse con la lengua quieta, volverse como quien dice ciegos y sordomudos... Nadie volvió a hablar con nadie y cada quién fue obligado a coger su propio rumbo: unos se quedaron sumidos en el más absoluto de los silencios, otros cedieron a la presión y se



los huesos...

Nunca supo cuanto tiempo permaneció escondida, lo único que recuerda hoy en día es que cuando salió no podía creer lo que estaba viendo. Todo estaba tirado por el suelo. Las paredes y las mesas estaban llenas de sangre, olía a pólvora y en medio de aquel reguero estaba doña Esperanza y don José, sus patronos, los mismos con los que había conversado hacía apenas unos minutos, los vio tendidos en el suelo, nadando en su propia sangre, agarrados de la mano como si fueran un par de niños siameses...

Adriana quiso gritar pero de su garganta no salió ni siquiera un lamento, no podía llorar, las lágrimas se le habían atorado en alguna parte, andaba pero no sentía el suelo debajo de sus pies, no sentía el peso del niño en sus brazos, estaba aturdida, embobada, completamente ida...

- Y ¿qué pasó con ellos? preguntó el joven-

- Parece que fue tal el impacto de lo que estaba viendo que Adriana empezó a caminar y se fue yendo... Se fue yendo sin rumbo, apretando el niño contra su pecho, apretando los dientes, llorando, sin poder siquiera gritar o maldecir...

- ¿Y la gente del pueblo?

- Cuentan que a partir de ese día, más que en un pueblo la gente se vio obligada a vivir en una cárcel. A partir de ese momento, los “hombres de armas” se ensañaron con San Juan, le dieron a esa pobre gente como si no tuviera alma: mataron a don Álvaro, a las hijas de don

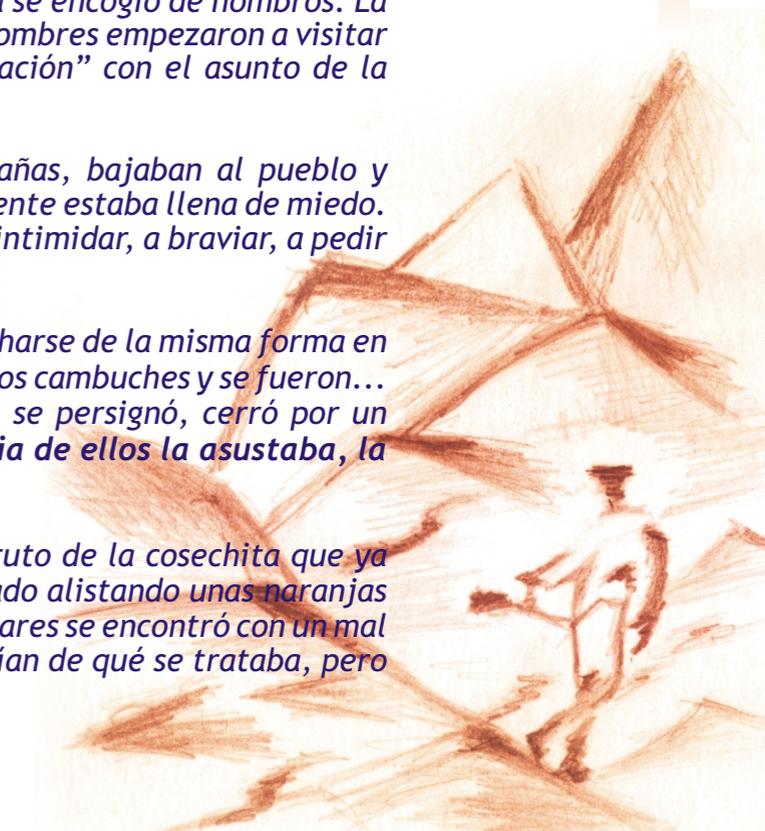
catorce años. Nunca se supo cómo, ni de dónde había llegado, lo cierto es que se ofreció a trabajar a cambio de comida y de un lugar para dormir. Ellos decidieron aceptar pues el rostro de Adriana, que fue como dijo llamarse la joven, les inspiró confianza, dicen que se ganó el afecto de ellos pues era tan juiciosa, tan trabajadora, que la nueva mamá pudo dedicar más tiempo al cuidado del pequeño.

Un día, al levantarse, vieron que la “gente de armas” había llegado y había levantando unas carpas inmensas en un potrero que había enseguida de su casa. Esperanza miró a José del Carmen sin saber qué decir, ni qué hacer, él la miró y enseguida se encogió de hombros. La vida siguió su curso solo que, como era de esperarse, aquellos hombres empezaron a visitar el restaurante, empezaron a frecuentarlo y a pedir “colaboración” con el asunto de la comida. Esperanza y su esposo no pudieron negarse...

Varios meses permanecieron allí. Salían, recorrían las montañas, bajaban al pueblo y regresaban al lugar que habían arreglado para quedarse... La gente estaba llena de miedo. Todos temían que al irse estos, los otros llegaran a reclamar, a intimidar, a braviar, a pedir explicaciones...

Los días pasaron y un día los hombres de armas decidieron marcharse de la misma forma en que habían llegado. Sin decir absolutamente nada desarmaron los cambuches y se fueron... Esperanza y José miraron al pequeño, ella miró a su esposo, se persignó, cerró por un instante los ojos y respiró aliviada, al fin y al cabo la presencia de ellos la asustaba, la atemorizaba...

En los días siguientes José del Carmen empezó a recoger el fruto de la cosechita que ya estaba prácticamente a punto. El día de la tragedia había estado alistando unas naranjas que le habían encargado y entre las buenas, las malas y las regulares se encontró con un mal presentimiento, parece que Adriana también lo sintió, no sabían de qué se trataba, pero estaban a punto de saberlo...



Esperanza de la Concepción tarareaba un arrullo para hacerle abrir los ojos al niño cuando vio entrar a cuatro hombres sin pedir permiso... Parece que hubo una discusión. Parece que la muchacha que había entrado a trabajar con ellos les había contado cosas que les hicieron pensar que Esperanza y José del Carmen colaboraban con los hombres de armas que eran enemigos de ellos. En realidad nunca se supo qué pasó verdaderamente. La única que podría aclarar las cosas sería la tal Adriana, pero ella desapareció el mismo día de la tragedia...

Lo único cierto es que los asesinaron sin saber por qué, lo único que se supo es que dejaron una nota escrita: "Para que aprendan lo que les espera a los sapos!"

Pero..., ¿qué pasó?, ¿qué sucedió con el niño?, ¿qué pasó con Adriana y qué ocurrió con el pueblo?, -insistió el joven-

Adriana y el niño desaparecieron. Nunca supimos qué pasó con ellos. Unos dijeron que se los habían llevado para matarlos y otros aseguraron que la tal Adriana se había robado al niño, que ella había tenido que ver con la tragedia, que le habían encomendado vigilarlos, que ella era la encargada de contar lo que hacían, la encargada de preparar todo para que sus compinches pudieran actuar...

Fueron muchas las explicaciones, variados los comentarios, coloridos los detalles, múltiples las posibles razones:

- Parece que murieron en un enfrentamiento decían unos-
- Dizque los mataron por bocones decían los otros-
- Parece que el restaurante era una fachada... Eran informantes...

Después del incidente el pueblo se dividió, más que por las razones, por la intensidad

los visitantes con una sonrisa y se dedicó a alistar una mesa en el salón de la entrada.

Ellos caminaron directo a donde estaba la señora Esperanza. Adriana pensó que eran conocidos porque los escuchó hablar, le pareció que la saludaban y podría asegurar que la señora también les decía algo. Se acercó y les preguntó si querían tomarse un tinto... Sí, un tintico está bien dijo uno de ellos-

El otro, muy tranquilo, la miró y le dijo: Recíbale un momentico el niño a su patrona, es que vamos a hablar con ella y no se la demoramos...

La doña le pasó al bebé y salió con ellos. Ella se puso a jugar con el niño y escuchó la voz de don José del Carmen... En ese momento sonó un traqueteo terrible, los platos volaron y ella oyó el sonido estridente de la loza al estrellarse contra la pared... Adriana no sabía qué estaba pasando afuera, el niño lloraba y un escalofrío le recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza...

Pero vea usted cómo son las cosas, yo no se de dónde sacó fuerzas esa niña. Tal vez fue el instinto de conservación. Lo cierto es que rápidamente se escondió detrás de las sillas, muerta de miedo, con el corazón a punto de saltar de su pecho. El niño seguía llorando y ella continuaba ahí, escondida, inmóvil, esperando, esperando la descarga

Después del sonido estrepitoso de las balas y los platos rotos, escuchó unas risas y unos gritos de celebración que la hicieron temblar... Apretó los músculos con fuerza, cerró los ojos, pero de un momento a otro todo quedó en silencio, escuchó el ruido del motor del carro, el golpe seco de las puertas al cerrar y una vez más aquel silencio que se le metía en



ellos, la señora iba a sufrir las consecuencias.

La pobre Adriana, que era como se llamaba la muchacha, no sabía qué hacer. Por eso cuando se enteró que esa gente se pensaban marchar se puso contenta y corrió a contárselo a don José. Al poco tiempo se fueron, pero su felicidad no demoró en acabarse. Se enteró que otros hombres de esos, los enemigos de los que se habían ido, pensaban dañar el restaurante o hacerle alguna cosa a doña Esperanza.

Pero las malas noticias vuelan. el cuento se regó como barril de pólvora y en menos de lo que canta un gallo, **todos en San Juan sabían lo que iba pasar, lo sabían pero nadie les dijo nada.** La muchacha desesperada habló con la señora, le rogó que se fueran, le explicó que hacía días que tenía unos presentimientos, pero ella le dijo que no, que no pensaba salir corriendo, que si esos otros venían, a ellos también les pensaba dar de comer, “un plato de comida no se le niega a nadie”, -le dijo-.

El día de la tragedia la doña estaba en la sala sobándole la pancita al niño y ella, alistando las cosas para empezar el día, a pesar de que había amanecido con un presentimiento atravesado en el pecho. Era como si la virgencita la estuviera previniendo de lo que estaba a punto de pasar.

Preparó el desayuno, alistó las cosas, abrió la puerta y se metió en la cocina. Al momento escuchó el motor de un carro y se puso contenta, pensando que la llegada de los primeros clientes era un agurio de buena suerte. Pegó carrera, se lo comunicó a la señora, saludó a

de nuestros propios miedos.

- A uno no lo matan porque sí, -decían unos-.
- Si los mataron, por algo debió de ser, -afirmaban otros-.

- Cuando el río suena..., piedras lleva,-insistían-.

Pero nosotros los conocíamos desde antes de nacer!, -Les decía yo-.

- Sí, don Pedro pero caras vemos, corazones no sabemos, -era su respuesta-

- Yo creo que **lo mejor es marcharnos de aquí**, salvar lo que se pueda y dejar lo que haya que dejar, -era lo que se escuchaba-.

- **Uno de pobre lo único que tiene que cuidar es la vida**, -parecía ser la conclusión-.

- ¿Por qué vamos a marcharnos? Si el que nada debe, nada teme?, -Le insistí-

Lo único cierto es que Esperanza de la Concepción y José del Carmen, como tantos otros, se murieron sin saber por qué... El viejo Pedro se quedó callado, era tanto el silencio que se alcanzaba a escuchar el aletear de las moscas... Nadie hacía, ni decía nada. Un torrente de dolor empezó a brotar de sus ojos...

La noche se fue posando sobre “El Edén”. La torre de la iglesia se fue haciendo opaca y el reloj desapareció entre las sombras. Los mosquitos dejaron de aletear y los escuchas de don Pedro se empezaron a marchar con el corazón en la mano, con la cabeza llena de inquietudes, con el alma anegada de sentimientos encontrados...





Caras Vemos, corazones...

La joven que le digo llegó a la casa de ella y cómo no tenía qué comer, ni para dónde coger, se ofreció a trabajar a cambio de comida y techo. Parece que les cayó en gracia porque la contrataron ahí mismo y la quisieron mucho. Pero “todo lo del pobre es robado” -dicen por ahí-, la dicha no le duró mayor cosa, más pronto de lo que ella hubiera querido, las cosas se le volvieron a torcer...

Sucedió que a la casa de la señora Esperanza, que así se llamaba la patrona, empezaron a llegar “hombres armados” y levantaron unas carpas ahí, en el potrero que había enseguida. La niña le aconsejó a la señora que no se metiera con ellos, que no les hablara, que no les diera comida, le dijo que era mejor hacer como si no existieran, pero la doña tenía un problema: ella creía en eso de ayudar a la gente. Decía que ninguna persona tenía por qué aguantar hambre, así esa persona no fuera del agrado de uno. Seguramente por eso, cuando ellos llegaron pidiendo “colaboración”, la señora les dijo que pasaran en las noches, cuando se cerrara el restaurante.

*A don José, el esposo de la señora no le gustaba que ellos fueran a la casa, **en realidad le daba miedo, pero nunca se atrevió a decir nada, para no meterse en problemas.** Había días en que los miraba con recelo, incluso una vez que llegó y los encontró comiendo les dijo: la Biblia dice “ayúdate que yo te ayudaré”.*

Los hombres esos no le prestaban atención y se aprovechaban de la bondad de su esposa. Salían a hacer sus vueltas, volvían en la tarde y se la pasaban en el restaurante. Utilizaban los baños, comían, pedían gaseosa y cosas que nunca pagaban. A la niña tampoco le gustaba que fueran a la casa porque se acordaba cuando ellos llegaban a meterle miedo a don Carlos, en la época en que trabajaba en la finca, no le gustaba que la anduvieran molestando, que la asustaran, que le dijeran que si se ponía arisca y no se sentaba con

- Sí, pero antes, cuando vivía en San Juan...

Al nombrar a San Juan, algo sucedió con el rostro de la mujer. Sus ojos se quedaron quietos, volaron, se alejaron, caminaron otros tiempos, otras calles, retomaron otros fragmentos de existencia...

“San Juan de las Ilusiones, lo llamábamos así porque en esa tierra teníamos nuestros sueños, nuestros anhelos, nuestras esperanzas”...

Sin darse cuenta, la mujer se deja llevar por los recuerdos...

Yo conocí a una jovencita de allá ¿sabe?. Allá había estudiado la primaria y después, como la situación estaba tan dura, se dedicó a trabajar en lo que saliera... Primero trabajó en una finca. Le iba bien, pero al poco tiempo empezaron a llegar hombres armados a amenazar al patrón para que les diera plata. La muchacha estaba amañada pero tuvo que irse porque como era caribonita y tenía trece años, los hombres esos la querían obligar a que se fuera con ellos...

La pobre muchacha salió de la finca de don Carlos -su antiguo patrón-, sin saber qué hacer, ni para dónde coger. Fueron días duros, sabe. En ocasiones le tocó dormir por ahí, entre el rastrojo, muerta de miedo... “Pero no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”. En esa época conoció a una señora muy especial, una persona muy querida y muy respetada por todos allá en San Juan. Como la señora acababa de concebir su primer hijo, había decidido contratar una niña para que le ayudara en un negocio que había abierto cerca de la carretera con la ayuda de su esposo.

El joven, le dio tres golpecitos en la espalda y, sin decir nada, se desvaneció como si fuera un fantasma. Afuera, la oscuridad había empezado a devorarse la calle...

“En el principio era el verbo y el verbo era con Dios y el verbo era Dios”

El Génesis.



Si uno calla la realidad permanece? Sí, porque la realidad transcurre en las palabras y éstas en el sujeto que las pronuncia. No, porque la realidad y el mundo aparecen sólo cuando son nombrados.

En Colombia se vive en un estado generalizado de silencio. Silenciar es una estrategia militar utilizada por los actores armados a través del terror y el silencio, una táctica de supervivencia a la que ha recurrido la gente en un intento desesperado por salvar la vida.

Pero ¿qué significa el silencio? ¿Podemos vivir como humanos en el silencio? ¿Cuál es el valor de la palabra?

Es medio día en el Peñasco. El sol calienta con tanta fuerza que reseca los sapos hasta que parecen piedras y hace saltar las piedras como si fueran sapos petrificados. Los carros pasan raudos por la autopista. El paisaje es árido, reseco, desolado. A pocos metros de allí, veinte casitas blancas, pintadas con cal, contribuyen a acentuar el calor del lugar y encandelillan los ojos de quien se acerca por una callecita de arena... Los perros ladran al ver el remolino que se acerca y los niños corretean de un lado para otro, poniéndose la mano en la frente como si fuera la visera de una cachucha, para tratar de ver con mayor claridad...



Un joven llega. Entra a la "Tienda El Peñasco", única tiendita del lugar. Mira los estantes vacíos, las vitrinas desocupadas y, para entablar comunicación con quien atiende, pide una gaseosa. La señora que está sentada en una banca de madera se levanta lentamente, destapa la botella que le han pedido y tiende la mano al visitante sin quitarle los ojos de encima. Su instinto y lo que ha tenido que vivir le han enseñado a desconfiar de los desconocidos... Vuelve al lugar donde estaba al tiempo que el joven se sienta sobre un tronco, a la entrada.

La gaseosa está caliente, "al clima", había advertido la mujer al momento de destaparla. El joven la toma con desgano e intenta varias rutas para entablar algún tipo de conversación...

- Hace calor aquí -¿no?

- Ujuhh responde la mujer-.

- Y ¿dónde está toda la gente?

- Trabajando

- ¿Y los niños?

- Deben estar debajo de las camas, seguro que en un momento estarán por ahí molestando.

- ¿Juegan?

- No. Están asustados.

- ¿Asustados?

- Sí. Asustados reafirmó la mujer-.

El joven la mira. Por la edad que aparenta perfectamente podría ser su mamá. Es una mujer menuda, se nota que fue hermosa, no descomunal, pero hermosa. Sus manos demuestran que han tenido que trabajar más de lo debido. Se le ve inquieta, medio incómoda...

- Dígame... ¿qué lo trae por aquí?

- Vengo buscando a don Isaías.

- Isaías, ¿el profesor?

- Sí, creo que sí... Me dijeron que con él podría hablar.

- ¿Hablar?

- Sí, hablar...

- A mi esposo no le gusta hablar ¿sabe?

- Pero a mí me dijeron que a él le gustaba contar historias.

